

La Situación en el Congo Belga

Por Sebastián Mantilla S. J.

Los últimos luctuosos acontecimientos de que ha sido testigo la antigua colonia belga del Congo, con su conjunto aterrador de persecuciones de los blancos, asesinatos y violaciones, han suscitado no sólo la indignación de todos los pueblos civilizados sino también la sorpresa. ¿Cómo es posible que los gobernantes belgas no hayan sido más previsores y así evitar semejante catástrofe?

La primera respuesta, superficial y evasiva, es que la precipitada libertad concedida a las colonias limítrofes por sus metrópolis les ha obligado a seguir un ritmo exageradamente acelerado, ante el peligro de males aún mayores a los sufridos si no se daba satisfacción inmediata a las ansias de libertad puestas al rojo vivo por la propaganda y el ejemplo de las poblaciones negras vecinas al Congo. Esta explicación, con todo, no puede satisfacer a un lector inteligente e imparcial.

En efecto: la fiebre nacionalista en el continente negro no es enfermedad nueva. Hace ya muchos años que venía aquejando a los nativos y venía produciendo un desasosiego crónico con brotes de violencia cada vez más frecuentes, lo mismo en el Congo belga que en Gambia, Somalia, la Unión Sudafricana. En concreto: este estallido no ha extrañado lo más mínimo a los colonos belgas que han presenciado esta evolución amenazadora y han tocado sus efectos desde que en 1958 la baja del precio del cobre dejó sin trabajo a muchos miles de obreros negros que privados de todo recurso erraban hambrientos de una parte a otra y culpaban (lo mismo que sus líderes sindicales) a sus amos blancos de la situación miserable en que habían caído. Ellos mismos pudieron conocer cómo a la agitación nacionalista del Movimiento Nacional Congolés dirigido por Lumumba) y del Partido Obrero (ABACO) capitaneado por Kasavubu, se añadían diferencias y luchas sangrientas entre diversas tribus. Sabían perfectamente cómo Bruselas, hace todavía medio año, no supo o no quiso dar oídas a las aspiraciones presentadas por estos líderes negros. Pudieron ver a la policía cruzada de brazos ante la muchedumbre que aprobaba la consigna de desobediencia civil dada por Lumumba en un mitin público, mitin que terminó con un saldo de 70 muertos y 700 heridos. Y se preparaban lo mejor que podían para vender caras sus vidas.

Ante el fracaso evidente del sistema paternalista y el contacto de los nativos con los dirigentes de otros pueblos en la Conferencia de Accra de 1958 y en otras, comprendieron perfectamente que los planes de Bruselas que preconizaban una lenta y progresiva entrega de poderes, no podían llegar a buen término. Y se aprestaron a la lucha. En sus reuniones familiares y en sus clubs, los blancos comentaban a media voz la manera mejor de poner a salvo rápidamente sus esposas y sus hijos, la eficacia mortífera de tal o cual calibre de pistola o el modo de conservar ocultas a las miradas sospechosas de los domésticos de color sus reservas de municiones. Nadie se hacía ilusiones sobre el porvenir que aguardaba a la colonia en el momento en el que las masas pudieran actuar libremente.

Por su parte los comunistas no permanecían inactivos, y no era infrecuente oír a gentes totalmente ignorantes hablar en un lenguaje que no se diferenciaba en nada del de un culto y convencido socialero de nuestros países. "Cuando echemos de nuestras tierras a los colonos belgas podremos recibir libremente a nuestros amigos de los Gobiernos Populares de China y Rusia", decían en una ocasión varias mujeres acurrucadas a las puertas de sus chozas de paja. Y desde el Gobernador General hasta el último de los sacerdotes (entre los que se contaban unos 500 sacerdotes congolese) todos admitían que vivían sobre un volcán y que todo parecía indicar que un golpe comunista tendría un éxito sin precedentes. Pero no se debe culpar sólo al Comunismo de lo que está sucediendo en esa rica colonia belga.

Aunque es cierto que el constante crecimiento durante diez años de la renta nacional sufrió un colapso en 1957, colapso del que pudo recuperarse debido a la interrupción de la llegada de nuevos capitales y al retraimiento de los hombres de negocios temerosos de lo que ha sucedido, hay que tener en cuenta que la mayoría de los trabajadores no podían seguir con sus salarios habituales al creciente costo de vida. Si los mineros estaban bien pagados, no sucedía lo mismo con los obreros del campo, y unos y otros opinaban que si los blancos redujeran un poco su tren de vida la situación se hubiera hecho más tolerable para todo el mundo. Escuelas, iglesias y hospitales abundaban en el Congo belga, pero no en aquella proporción en que la creciente población negra los necesitaba. Y aunque la obra de la Iglesia Católica ha sido sin duda admirable, el pueblo consideraba a sacerdotes y representantes de la Administración belga como una sola cosa y todos caían bajo la común denominación de blancos extranjeros, lo cual era un gran inconveniente para la labor evangelizadora llevada a cabo, es cierto, con la protección y ayuda del Gobierno de la metrópoli. Los mismos representantes de la Iglesia reconocían que el número de neófitos era tan grande que no permitía una sólida y conveniente formación en la fe y que muchas veces la preparación necesaria para el bautismo se daba prematuramente por terminada y dejaba al nuevo cristiano con una devoción superficial y un tanto instintiva. El mismo fenómeno del Vodú americano, mezcla de ritos católicos y supersticiones paganas, se daba entre los congolese, sobre todo en el sur, donde el Kigangismo de carácter xenófobo y nacionalista tenía muchos partidarios.

Todo este conjunto de elementos actuando sobre un pueblo de vida trivial y de costumbres primitivas explica, si no justifica, el estallido salvaje del que acabamos de ser testigos.

No es probable que la intervención a última hora de las tropas enviadas a toda prisa por las Naciones Unidas pueda tener otro resultado que el muy somero, aunque humanitario en extremo, de cortar el río de sangre que ha comenzado a correr en el Congo y facilitar la retirada ordenada de todas las minorías de raza blanca.

Una vez salidos los blancos, el país será presa de nuevas convulsiones y tras el hambre y la miseria se impondrá forzosamente un régimen de terror basado evidentemente en principios comunistas. Rusia y China no tienen prisa. Les basta con dejar correr los acontecimientos y procurar como ya lo han hecho, eso sí, que la intervención extranjera sea lo más corta posible y se reduzca a facilitar la "liquidación" definitiva del régimen capitalista existente hasta el 1 de Julio pasado. Por la misma puerta por la que salga el último soldado del mundo libre entrarán los agitadores comunistas y los "organizadores" voluntarios y "democráticos" del nuevo Paraíso Soviético negro.

Lástima que los esfuerzos y sudores (en el Congo no hay metáfora en ésto) de tantos europeos bien intencionados haya tenido que concluir de esta manera tan poco airosa, pero si la lección la aprenden los luteranos segregacionistas de la Unión Sudafricana y reaccionan rapidísimamente podrán acaso evitar todavía al mundo civilizado el ser testigo de otro estallido mil veces peor que el presenciado ahora en el Congo. Y quiera Dios que no sea ya demasiado tarde. Finalmente digamos que si los optimismos y dilaciones de un principio estuvieron mal, también es cierto (como lo dice Neil G. McCluskey en "América") que jamás en la historia ha habido un pueblo al que se le haya dado la libertad de una manera tan precipitada y con tan mala preparación para ella. (Nueva York, Julio, 1960).

